

Le seguí á su habitación, pero rehusó mis cuidados y me despidió con palabras afectuosas y dulces.

Volví á decir á Manuela que la palabra dada era sagrada para mí, pero que, hasta nuestro matrimonio, no quería volver á verla más que en presencia del señor Brundel.

— Todo lo que tú quieras me parece bien — respondió. — ¡Véte, y que Dios te bendiga por la felicidad que me das!

Estaba de tal manera abatido por tantas emociones, que me dormí profundamente. ¡Hacía tanto tiempo que no conciliaba el sueño! ¡Quince noches que me proponía problemas insolubles! Pero la solución había venido brusca, imperiosa y como fatalmente. Cualquiera que fuese, era el fin de mis angustias, ó al menos me lo figuraba así.

¡Ay, un sufrimiento, un suplicio incomparable á ningún otro iba á comenzar!

## XI.

Al día siguiente me sentí como rendido y no pude escribir á mi madre á pesar de ser éste el primer cuidado que hubiese debido tomar.

Me senté ante mi mesa de despacho, y la carta de Juana cayó bajo mi mano. Por un movimiento instintivo la eché en el fondo del cajón, como hacen los italianos supersticiosos cuando ven á la Madona.

Encontré á sir Ricardo muy tranquilo y como absorto en reflexiones á las que yo era extraño.

Durante el almuerzo me interrogó sobre las cosas insignificantes que habían pasado en su ausencia; pero ignoro si oyó mis respuestas. Había para mí no sé qué de espantoso en aquella amabilidad glacial.

En cuanto estuvimos solos,

— Amigo mío — me dijo — ahora vamos á hablar de cosas positivas. El capítulo del sentimiento ha concluido ayer noche. Puedo disponer de pocos días para estar aquí: el tiempo preciso para descansar, y parto. ¿Podéis decirme con fijeza la época en que debo venir á consagrarme á vuestra dicha?

— ¿Pero queréis partir?

— Es absolutamente preciso, y esta vez tengo la dulce certidumbre de que no habéis de estar tristes en mi ausencia.

— En vuestra ausencia no habrá aquí felicidad, si ha de ser á expensas de la vuestra.



—¡Todavía!—exclamó—¿persistís en creer?.... ¿Son celos? ¿Con qué derecho sospecháis que finjo una tranquilidad que no siento? ¿No me he explicado ayer claramente? ¿Mi palabra no significa nada á vuestros ojos?.... ¡Ah! mirad que hay una mujer de por medio, y si no tenemos cuidado llegaremos á odiarnos.... Mañana partiré.

—Yo soy quien debo partir—dije con firmeza.—Cuanto más habláis de vuestro legítimo orgullo, más conozco que soy culpable y que me despreciáis.... ¡Me habíais confiado á Elena, á la que vos llamabais vuestra Elena!.... No debía mirarla, no debía recibir sus confidencias, no debía haberme conmovido; en fin, no debía haberme enamorado de ella. Sabed que me condeno en absoluto y deseo ser castigado, aunque me costase la vida este esfuerzo supremo.... Os dejo; recibid mi despedida y perdonad á Manuela. La pobre niña no es culpable; os amaba; soy yo quien la hice desechar ese amor como una vergüenza; yo, sí, con esa perversidad egoísta que el deseo ciego sugiere á las mejores conciencias; yo, quien la he hecho avergonzarse de su situación, y quien afectando desdeñarla la dejé ver los celos, y por consecuencia, la pasión que me devoraba; y además, esa Dolores que en todo interviene y á quien odio,

nos ha impulsado á pesar nuestro hacia el abismo, consiguiendo persuadirnos de que os agradaría mucho desembarazaros de Manuela. El despecho, sí, el despecho ha arrojado á esa niña en mis brazos; pero vos lo sabéis todo, puesto que nos observabais; sabéis que no hemos cambiado más que palabras....

—¡Y besos!—replicó sir Ricardo riendo;—¡muchos besos!

—Sí, besos que podéis olvidar, pues que habéis olvidado lo que pasó en Pamplona. Vos sólo conocéis bastante á Manuela, sus grandezas y sus debilidades, su irreflexión y su franqueza, los peligros de su aislamiento, y todo, en fin, para ser indulgente con ella.... La perdonaréis y os amaré.... ¡me olvidará!

—Si á través de vuestras palabras no se estuviesen oyendo los sollozos—respondió sir Ricardo con voz alterada—creería que os arrepentíais de los compromisos contraídos con ella; pero bien veo que la amáis y que queréis responder á mi pretendido heroísmo con un heroísmo real. Vamos, tranquilizaos, hijo mío. Dolores no es lo que vos creéis. En medio de su espionaje tiene una gran cualidad, que es su cariño verdadero, su abnegación sin límites hacia Manuela. Este cariño la ha

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DE VAS"

Vol. 1625



dado valor para hablarme con franqueza, pues no me ha ocultado que ha trabajado cuanto ha podido contra mi matrimonio, prefiriendo ver á Manuela unida á un joven enamorado de ella, que á un anciano que no lo estaba. En pago á esta franca declaración la he acordado toda mi confianza y sé por ella hasta los menores detalles de vuestros amores. Sé que habéis resistido como probablemente no hubiese yo sabido resistir á vuestra edad. De modo que, gracias á ella, os doy mi absolución completa y os prohibo que me habléis de vuestros remordimientos infundados, que me hacen aparecer ridículo y creo que no merezco serlo.

No había más remedio que aceptar las denegaciones de sir Ricardo ú ofenderle cruelmente. Le declaré que sólo esperaba sus órdenes para efectuar mi matrimonio, pero que sin embargo, deseaba no pasar adelante sin haber obtenido el consentimiento de mi madre.

—¡Ah, ah!—dijo el señor Brundel, sin poder ocultar un movimiento de satisfacción;—¡he ahí un obstáculo! vuestra madre no ha sido consultada, y es preciso saber..... Una madre como la vuestra, no solamente debe pedírsele consentimiento, sino aprobación. ¡Partid pues!, pero no..... es-

peradme; partiremos juntos, ó..... en fin, esta noche os diré con fijeza lo que hay que hacer.

Me pareció que me hacía seña para que le dejase solo.

—Escuchadme todavía un instante—le dije.—Ya que me habláis de mi madre quiero advertiros que hay una cosa en la cual no consentirá jamás.....

—En que yo dote á vuestra prometida; ¿es eso lo que queréis decir?

—Precisamente, y hasta en que tomaseis una disposición de otra clase, haciéndole un don á escondidas, ignorado del público.

—Sí, entiendo; es necesario que la pobre Manuela sea castigada por haber tenido confianza en mí. ¡Pues bien, sea! ¿pero llevaréis el escrúpulo hasta no querer seguir ambos á mi lado cuando os caséis?

—Por desgracia mía, sé que le llevaré hasta el temor *del qué dirán*.

—No, no os creo tan meticoloso..... ¡Vos estáis celoso, Laureano, decid la verdad, estáis celoso de mí!

—No en este momento, no. ¡Os estimo y os amo demasiado para eso!..... pero lo estaré mañana sin poderlo remediar. Manuela os ha amado, según me ha repetido mil veces, y su deseo de agradaros



ha sido la causa principal de su rehabilitación. Nada más natural ni más honrado; pero el amor es desconfiado, injusto, irreflexivo.....

—Vamos, sí, tendremos que separarnos..... ¡Qué fatalidad ha habido en todo esto! He debido venir un día antes..... No os reprocho nada, Laureano; pero vuestro amor ha de ser causa de muchos disgustos para los dos.

¡Ay! demasiado lo sabía, y este pensamiento me torturaba.

Salí, y mientras iba andando, absorto en tristes meditaciones, calculé todas las dulzuras y todos los deberes de mi situación.

Estaba á dos pases del hotel, deseando ver á Manuela y no atreviéndome á presentarme delante de ella, pues no hubiera podido ocultarle mi tristeza; pero cuando ví que llegaba la hora en que el señor Brundel tenía costumbre de presentarse en su cuarto, volví á casa precipitadamente, presa de una terrible excitación nerviosa.

Entré en el portal sin saber qué hacer, qué actitud tomar, ni qué pretexto dar á mis escrúpulos y á mis celos.

Estaba yo paseando á largos pasos por el vestíbulo, cuando vino Dolores y me dijo, señalando la puertecilla del jardín.

—Ahí está esperándoos.

—¿Con el señor Brundel?

—No; sir Ricardo ha mandado recado de que no vendría hoy á ver á Manuela.

—Entonces, yo tampoco puedo ir á su lado—respondí.

Y subí á mi habitación.

Desde allí veía á Manuela en uno de aquellos sitios descubiertos que á menudo me habían permitido aperecibirla, sonriente y juguetona con su doncella y sus animales favoritos, que desdeñados ahora, la llamaban en vano.

Manuela estaba sentada en un banco, con los ojos fijos en mi ventana. Al verme asomado sonrió y quedó sin hacer un movimiento, y sin dirigirme el menor signo de impaciencia ó de reproche, pero pálida como una azucena y triste como una tumba. No pude resistir á la inquietud que sentía, y la pregunté por señas si estaba enferma. Me respondió del mismo modo que no sabía nada. Insistí con aire de autoridad, y Dolores, que estaba allí, me dijo en pantomima que su señora estaba muy mala.

En aquel instante resonó en toda la casa el ruido de una campanilla, y un minuto después John entró en mi cuarto. Aquel John de rostro



impasible y de porte irreprochable me pareció menos escrupulosamente vestido que de ordinario, y creí encontrar en su acento, siempre respetuoso, algo más glacial que de costumbre. Era el amigo tanto como el servidor de sir Ricardo; imaginé que lo sabía todo y que estaba descontento de mí. Le pregunté con inquietud si su amo estaba enfermo.

—Su Honor desea veros—dijo sin responder á mi pregunta.

Y añadió:

—*En seguida*—con un acento que no tenía nada de imperativo, pero que me irritó.

Todo me hería y exaltaba, creyendo que nadie me miraba ya bien en aquella casa.

Encontré á sir Ricardo leyendo al lado de la ventana una carta que dobló en seguida, pero no tan pronto que no pudiese yo fijarme en ella y quedar asombrado: ¡era la letra de Juana! Creí que soñaba despierto, y esperé sus órdenes.

—¿Qué significa esto?—me dijo sonriendo y mirando á la ventana que daba al jardín;—¿por qué no vais á ver á vuestra enferma, doctor descuidado? Os han hecho señas de que no está buena. Llevadla mis recuerdos. Tengo muchas cartas que escribir y no puedo acompañaros.

—Pues no iré á su habitación más que acompañado de vos—respondí.

—¿Por qué?

—Porque en la agitación en que estoy, hablaría demasiado ó muy poco. Quiero quedar dueño de mí mismo, y cada palabra dicha fuera de vuestra presencia parecería agravar mi falta.

—Pues bien, hijo mío—replicó bondadosamente—puesto que la pasión es tan violenta y vuestro orgullo tan escrupuloso, vamos juntos á ver á la enferma, y estemos alegres para que ésta se tranquilice. Escribiré más tarde.

Se vistió, y tomando mi brazo entró alegremente en el jardín.

Fué á saludar á Manuela, y llamando aparte á Dolores, se alejó por no estorbar, según él, la consulta medical. Encontré á la enferma bastante agravada, aunque ella no se diese cuenta de nada. Tenía fiebre y no lo sentía. Su mirada extática, fija en la mía, parecía decirme: «¿En qué piensas? hálame de amor; ¿qué importa que yo muera?»

No me atrevía á provocar aquel género de emociones. Me parecía que podía serle perjudicial y hasta funesto.

—Es necesario que os tranquilicéis—le dije;—absolutamente necesario.



—¡Pero si estoy buena!—me dijo con una sonrisa tan lánguida que me asustó.—No siento ningún mal, ni cabe en mí más que la felicidad. ¿Qué médico eres tú que no ves que sólo existo para amar? ¿Por qué estás triste? ¿Crees que Ricardo no está contento? ¡Ah, no le conoces! ¡Es tan bueno y tan noble!.... Esta mañana ha debido hablarte. ¿Por qué no me dices nada de lo que habéis convenido?

—Nuestros proyectos no se han discutido—respondí.—Sir Ricardo los acepta con la magnanimidad que le distingue; pero ¿no teméis que esto le haga sufrir algo? ¿No nos obliga la delicadeza á contenernos y á saber esperar?.... Tengo que ir á pedir á mi madre su consentimiento, ¿me prometéis no pensar más que en restableceros hasta que yo vuelva?

—Haré todo lo que queráis; pero ¿por qué creéis que disgustamos al señor Brundel? ¿No le dejaremos, verdad? Nada cambiará en su vida. Le cuidaremos y tendrá en nosotros dos hijos que se desvelarán por hacerle dichoso, ¡y además su hijo!.... ya le habéis oído decir que tiene una hija.... y estoy segura que no piensa más que en ella. Cuando la traiga, también la querremos como á él. Seré su compañera, ó su criada si quiere; si se pa-

rece á su padre, tendremos un ángel más en la casa..... Vamos, ¿hay en todo esto algo triste ó inquietante?

Vi que Manuela seguía en sus sueños de confianza y felicidad, y no me atreví á desengañarla, pero debió notar lo embarazoso de mis respuestas.

Cuando el señor Brundel volvió hacia donde estábamos, Manuela se levantó y se apoyó en su brazo con aquella gracia cariñosa, tan parecida al amor, que muy bien podía confundirse. Tenía esta misma gracia al dar una orden á su doncella ó al acariciar á su gata. Mil veces me había chocado, haciéndome pensar que en el amor ó en la coquetería debía ser irresistible, tanto más cuanto que lo hacía sin darse cuenta de ello.

La manera que tuvo de inclinar su frente para solicitar el beso paternal que el señor Brundel no le había dado al llegar, hizo pasar por mí un estremecimiento de cólera. Manuela lo notó y se quedó indecisa de pronto, mirándome y sumisa á mi capricho más que hubiera sido conveniente dejarlo conocer en tan delicadas circunstancias.

Mi mal humor aumentó, y quise alejarme á mi vez para dejarlos juntos, como si mis celos hubiesen experimentado la necesidad de buscar mayor pretexto que tenían.



El señor Brundel, que adivinaba mis angustias, me retuvo, haciéndome sentar entre Manuela y él y desplegando todos los recursos de su generosidad é inteligencia.

—Doctor—me dijo—no quiero irme sin saber lo que el médico ha sacado desuexamen. ¿Cómo encontráis á vuestra enferma? ¿mejor ó peor que ayer?

—No tan bien,—respondí.—Necesita descanso ó distracción, no sé: pero tiene exceso de agitación moral.

—¿La convendría cambiar de aire?

—Quizá.....

—¿Qué decís vos, hija mía?

—Estaré bien en todas partes como estoy ahora; entre los dos.

—Mejor aún estaríais sola con vuestro marido—dijo sir Ricardo;—pero ante todo hay que pensar en curaros y temo que este país no os convenga. Tenía proyectado que trasladásemos á Francia nuestros bártulos, al pie de los Pirineos, muy cerca del país del doctor, en un sitio delicioso donde he visto un hermoso chalet, por lo menos tan confortable como éste. Desde ahora está á mi disposición; no tengo más que escribir para apresurar ciertos preparativos, y dentro de ocho días podemos estar allí. ¿Qué os parece?

—¡Oh, sí, sí, viajar, viajar!—exclamó cándidamente Manuela, que se volvía una niña con aquel padre acostumbrado á mimarla.

—¿Y vos, doctor?—me dijo el señor Brundel. Yo no podía sino aprobar aquel viaje que me aproximaba á mi familia, á la cual pensaba consultar.

—Pues bien, partiremos dentro de dos días, si Manuela está mejor.

—Entonces nos casarémos en Francia; ¡qué dicha!—exclamó Manuela mirándonos á los dos como si fuese á casarse con ambos.

Por lo menos mis celos vieron esta monstruosidad en la cándida mirada de la pobre niña.

—Es necesario concluir—pensé;—no puedo soportar este suplicio.

Sir Ricardo adivinaba lo que pasaba en mí, y llamó en su ayuda todos los recursos de su amable é ingenioso talento para distraer á Manuela y devolverme la confianza.

En cuanto á ella lo consiguió. La distrajo, haciéndola reir y devolviéndole sus instintos infantiles.

Indudablemente la conocía mejor que yo, y sabía las cuerdas que tenía que hacer vibrar para devolver á aquel carácter la viveza que le era pro-



pia. También él usaba de su poderosa coquetería, y bien ví que la había tenido siempre hasta en su papel de padre. De ahí el encanto que su trato tenía para Manuela, encanto que probablemente jamás podría yo reemplazar.

Conseguí ocultar la amargura de mis reflexiones, y sir Ricardo pareció congratularse de haber vencido mis resistencias con su gracia y su talento. Al cabo de una hora quiso dejarnos solos, pero me levanté decidido á seguirle, pues temía dejar ver á Manuela mis tormentos interiores.

—Es indispensable que vaya á despachar por lo menos una parte de mi correo—dijo el señor Brundel;—pero luego podemos comer juntos. ¿Verdad, doctor?

—¡Comer!.... ¡pero si Manuela tiene fiebre!

—¿Estáis seguro?—dijo la joven tendiéndome su brazo.

Su mano estaba fresca: bajo la benigna influencia de sir Ricardo la fiebre se había disipado de repente.

Esta fué una nueva puñalada que recibió mi corazón. Mi pasión mataba á Manuela, y la dulce amistad del señor Brundel le daba la vida.

La comida fué casi alegre, y después se proyectó un paseo en coche. Seguimos la orilla del

lago, que no estaba distante de nuestra casa.

Las primeras brisas de otoño se dejaban sentir. El aire era tibio y el lago estaba admirable á los últimos reflejos del sol poniente. El acompasado y suave balanceo del coche sobre la finísima arena nos permitía hablar sin esforzar la voz.

El señor Brundel hablaba de todo con su encanto acostumbrado, y Manuela se entregaba sin reserva. Por primera vez delante de mí estaba hablando á sir Ricardo *en confianza*, como ella decía. Hasta entonces, en nuestras comidas de los domingos, la había encontrado siempre tímida y temerosa hasta la exageración; ahora se entregaba, interrogaba atrevidamente y razonaba á su manera diciendo: «Comprendo esto», ó bien «No lo comprenderé jamás», y hacía sus objeciones, ya aisibles por su candidez, ya ingeniosas y sutiles como son á veces las de los niños.

Sólo entonces comprendí la distracción que su inocencia y su gracia podían procurar al espíritu elevado y severo de sir Ricardo. ¿Cómo era posible que nunca hubiera estado enamorado de ella? y si lo había estado, como yo me obstinaba en creer á pesar de todo, ¿por qué no se había casado antes? ¿Había que tomar en serio el singular contrato hecho con su hermana? ¿No existía en dicho



contrato alguna otra razón que hacía temer á sir Ricardo desmerecer á los ojos de la joven?

Adopté interiormente esta conclusión, que era la más verosímil y que me explicaba por qué el señor Brundel había llevado á Manuela, por medio de aquel género de vida, á contentarse para el porvenir con una tranquila amistad. La había dejado hundirse en la indolencia y acostumbrarse á la existencia fácil y exenta de emociones que él la había creado.

En su ausencia había yo llevado el desorden, la pasión y el sufrimiento á aquella alma que tan hábilmente había él aletargado. Sir Ricardo debía maldecirme, y no pude menos de admirar el triunfo de su fuerza de voluntad sobre mi debilidad.

Después que Manuela estuvo charlando un rato con la mayor animación, se quedó como cansada. El sol se ponía, y sir Ricardo dió orden de volver á casa. Manuela dejó caer la cabeza en el hombro de su amigo, que estaba á su lado en el carruaje.

—Querido Laureano— me dijo sir Ricardo con exquisita naturalidad— veo que esta niña se ha quedado dormida, y yo no podría sostenerla sin fatiga. Ocupad mi sitio. Estas cosas son de vuestra edad.

Levantó dulcemente la cabeza de Manuela y

me hizo sentar á su lado; pero al cabo de un instante la joven se despertó y se puso á hablar otra vez vivamente, estrechándose contra mí con ardor. Pronto ví que le volvía la fiebre. ¡Debía matarla mi solo contacto!

Al día siguiente tuve esperanza de haberme engañado, pues Manuela estuvo mucho mejor todo el día, y este alivio se acentuó de tal manera por la noche, que decidimos ponernos en marcha al día siguiente.

Manuela había dirigido sin fatigarse toda la intrincada *confección* de su enorme equipaje y estaba loca de contento al hacer un viaje tan agradable entre su *amor de padre* y su *amor de marido*. Pensaba que jamás había de separarse ni del uno ni del otro, y yo conseguí contenerme para no turbar su ilusión. La ví tan bien, que al llegar á Francia la creí completamente curada.

## XII.

Nos embarcamos en Génova y desembarcamos en Marsella. En cuanto estuvimos instalados en el hotel, salió sir Ricardo para ir al correo.

Preparaban la comida. Manuela y yo estábamos